

Las crónicas de Elena Poniatowska

Sara Poot Herrera

En su artículo “De la Santa Doctrina al Espíritu Público. (Sobre las funciones de la crónica en México)”¹, Carlos Monsiváis pregunta y se pregunta: “¿Por qué el sitio tan marginal de la crónica en nuestra historia literaria?”² Y de inmediato explica:

Ni el enorme prestigio de la poesía, ni la seducción omnipresente de la novela, son explicaciones suficientes del desdén casi absoluto por un género tan importante en las relaciones entre literatura y sociedad, entre historia y vida cotidiana, entre lector y formación del gusto literario, entre información y amenidad, entre testimonio y materia prima de la ficción, entre periodismo y proyecto de nación³.

Sobre este desdén hacia la crónica, aquí aludido, volveré al final de este trabajo. Por ahora me interesa remarcar —y tal vez ésta sea la causa de tal marginalidad— que la crónica es el género por antonomasia que se apuntala precisamente entre el espacio literario y el espacio social, y ahí reside en un despliegue discursivo que atraviesa y configura gran parte del discurso cultural americano.

En México este género, situado entre la historia y la literatura, y que es literatura y es historia, abarca desde las cosas nunca vistas ni oídas de Bernal Díaz del Castillo hasta las crónicas de nuestros días, pasando por las crónicas del siglo XIX y principios y mediados del XX⁴.

Entre las páginas más críticas, cuestionadoras e inquisitivas de la crónica actual en México, se encuentran los trabajos de Carlos Monsiváis⁵ y Elena Poniatowska, autora de tres de las más importantes crónicas de denuncia social

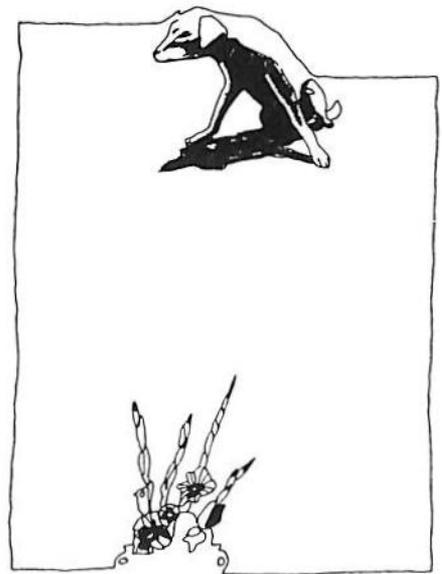
de la historia mexicana.

Ambos cronistas integran en una visión de conjunto la realidad socioeconómica de las clases sin privilegios, el contexto histórico, caracterizado por relaciones de poder, y la transcripción literaria —que no relatoria— de los hechos que eligen para articular su cronística.

A las crónicas de Elena Poniatowska me referiré en este trabajo. Situarlas en el propio contexto de la producción de su autora me permite mencionar y organizar sus piezas más importantes. En una zona de inventiva literaria se encuentran *Lilus Kikus*⁶, *De noche vienes*⁷ y *La “Flor de Lis”*⁸. Esta narrativa, concentrada en los tres libros citados, hace de Elena Poniatowska una escritora de ficción y creación literarias: cuentista y novelista.

La creación se enriquece con un acto de recreación muy propio de la escritora. Y me refiero sobre todo a su recreación de personajes (personas históricas convertidas en personajes literarios). Tal como se ve en sus también tres libros: *Hasta no verte Jesús mío*⁹, que aporta a la literatura mexicana uno de los personajes más importantes: Jesusa Palancares; *Querido Diego te abraza Quiela*¹⁰, que recrea la relación epistolar y unilateral de Angelina Beloff y Diego Rivera; y *Tinísima*¹¹, que recrea y novela la vida de Tina Modotti.

Esta segunda modalidad de escritura de la autora, la recreación literaria, se relaciona íntimamente con sus entrevistas, uno de los oficios más sobresalientes en el arte de su periodismo. Sirve también de sustento a *Hasta no verte Jesús mío*, que es puente de enlace entre la ficción y la realidad que conforman la obra de Elena Poniatowska. Y el recorte de la reali-



Sara Poot Herrera. Doctora en Literatura Hispánica por El Colegio de México. Profesora del Departamento de Español y Portugués de la Universidad de California, Santa Bárbara. Autora de *Un giro en espiral. El proyecto literario de Juan José Arreola* (Universidad de Guadalajara, 1992), editora y coautora de *Y diversa de mí misma entre vuestras plumas ando. Homenaje internacional a Sor Juana Inés de la Cruz* (El Colegio de México, 1993), entre otros.

dad que la escritora realiza, de acuerdo con su visión del mundo, se plasma sobre todo en los libros de entrevistas y de crónicas, a partir de un tratamiento literario y no sólo de una descripción de hechos y transcripción de voces.

Tres libros también, hasta el momento, concentran sus entrevistas, quehacer que se convierte en piedra fundamental de su creación y recreación literarias: *Palabras cruzadas*¹², *Domingo 7*¹³ y *Todo México*, conjunto de entrevistas realizadas a lo largo de varios años y que se publicarán en doce tomos¹⁴.

El modo de entrevistar, de reflexionar y hacer reflexionar, de explorar y llenar el vacío con mensajes dichos, oídos, escritos y leídos, es primordial en esta obra. Con sus entrevistas Poniatowska entra y ansía estar en el terreno del otro, de aquel cuya historia será escuchada en el contexto social. El anhelo de ser otro y al ser otro, ser mejor, se explicita en algunos momentos de la escritura:

El Santo responde también a nuestro afán de ser otro; un hombre que deslumbré, un hombre mejor, más santo, máscara contra cabellera, máscara sobre máscara, las máscaras de Octavio Paz, una encima de la otra, hasta alcanzar esa calidad de semidios, de superhombre, que los niños miran con asombro en todos los barrios pobres del mundo entero¹⁵.

La visión optimista del personaje entrevistado, interpretada de esta manera por la autora, se manifiesta en la conjunción de las máscaras –cultura popular y cultura culta entremezcladas. Desde los principios de su carrera, Poniatowska establece un compromiso ético y social con su escritura. Ésta se compromete con un país, México, en un afán de abarcarlo en su forma más completa. Mientras se escribe, se conoce, se ama. Y porque se ama y se conoce se escribe:

A los dieciocho años [...] supe que si quería amar apasionadamente al país que me había acogido, al México de mi madre [...] tenía que dejar de ser “scout de France” e irme a sentar junto a uno de los teporochos de la calle de Bucareli; tomar hojas con piquete a las cuatro de la mañana o de perdida cafecito de olla y ver cómo los repartidores se iban con sus bicicletas cargadas con grandes pilas de periódicos. Lecumberri, la Bondonjito, la Candelaria de los Patos esas serían mis nuevas pistas...¹⁶

Las entrevistas de Elena Poniatowska, palabras cruzadas y que cruzan todo México durante más de treinta años, son un juego de conjunciones y disyunciones: habla la voz de la persona entrevistada y habla la voz de la entrevistadora; habla una o habla la otra, que al fin y al cabo hablan de lo mismo. Y con las voces y la escritura aparece siempre la visión cuestionadora y crítica de esta escritora que concibe el feminismo comprometido como una actividad concreta, y que en su caso es su actividad literaria.

Si tres libros –*Palabras cruzadas*, *Domingo 7* y *Todo México*– son resultado directo de sus entrevistas, éstas son también el elemento principal de otros de sus libros, de aquellos que oscilan

entre el periodismo y la literatura y que, al igual que los libros de entrevistas publicados en México, ocupan las primeras líneas de la cronística actual de este país¹⁷. Tal es el caso de *La noche de Tlatelolco. Testimonios de historia oral*¹⁸, *Fuerte es el silencio*¹⁹ y *Nada, nadie. Las voces del temblor*²⁰.

La creación literaria, la recreación de personajes, la técnica de la entrevista se conjugan, se transforman y se aprovechan en estas crónicas, estructuradas básicamente a partir de las voces colectivas de los personajes. Esta convergencia múltiple y heterogénea da lugar a un *collage*, en donde confluyen voces diversas.

El afán abarcador de Poniatowska la lleva a hacerse eco de la palabra y la visión de todos. De allí la denuncia, la voz incendiaria, la íntima, la que se confía y se da a conocer como un secreto que se guarda con respeto y se transforma en un deseo de escritura por la que se transparentan las injusticias sociales y la vida interior de los personajes.

El interés de esta escritora por las capas económicamente bajas del cuerpo social –antecedente de sus crónicas– aparece en *Todo empezó en domingo*²¹, en donde describe los oficios y las ocupaciones de muchos mexicanos. Este libro, junto con su prólogo a *Los mexicanos se pintan solos*²², es también el germen de su interés por la cultura popular, aquella que surge y se manifiesta desde el pueblo mismo, sin atender las consignas del Estado.

La capacidad de Poniatowska para percibir la manera de vivir y de pensar de sus personajes, adentrándose y sintiéndose como ellos, es la misma que tiene para captar su modo de hablar. Y lo que capta es sobre todo la oralidad, una de las características propias de la cultura popular y callejera que aparece en su escritura.

La mirada de la escritora registra el detalle, las minucias de la vida cotidiana, las costumbres y las luchas de las clases sociales más desprotegidas, que son elaboradas desde una práctica de escritura desarrollada a partir del conocimiento, la alianza y el aprecio por estas clases sociales, de su lenguaje y de sus visiones del mundo.

En los títulos de las tres crónicas de Poniatowska se remarca la función que cumple la voz colectiva, la cual da coherencia textual a su cronística. Entre *La noche de Tlatelolco. Testimonios de historia oral* y *Nada, nadie. Las voces del temblor* se sitúa *Fuerte es el silencio*, a la que me referiré en primer lugar y de manera breve.

El título *Fuerte es el silencio* subraya aún más la fuerza de la palabra, en este caso de la palabra silenciada. El silencio corresponde a un eje que atraviesa esta crónica y que aparece desde el prólogo: “¿Quién anda allí?”, pregunta una voz. “‘Nadie’ contesta la multitud”²³. Ese “nadie” es un sujeto colectivo que tanto puede ser uno de los ángeles de la ciudad –ángeles de alas rotas de los que habla Poniatowska–, como los personajes del movimiento de 1968 en México, los de la huelga de hambre, los desaparecidos y los paracaidistas de tierras que convergen, por su naturaleza social sin privilegios, en *Fuerte es el silencio*²⁴.

Este libro ejemplifica en gran medida la combinación de elementos heterogéneos y además, como dice Monsiváis, “mezcla todas las tradiciones de la crónica: la evocación sentimental, el recuento político, el relato mítico, la novela corta sin ficción, la viñeta, la estampa, el ensayo”²⁵.

A esta diversidad de elementos de *Fuerte es el silencio*, relatados básicamente desde la voz de Poniatowska, se contraponen un elemento unificador: la injusticia de la que son víctimas los protagonistas. En ninguno de los casos que registran estas cinco crónicas hay o ha habido una respuesta favorable a los problemas individuales y colectivos que se plantean. Queda la crónica, pues, como testimonio y memoria de una realidad histórica y cotidiana que, al verbalizarse, deviene en denuncia social.

A diferencia de *Fuerte es el silencio*, los otros dos libros de crónicas de Elena Poniatowska, *La noche de Tlatelolco* y *Nada, nadie*, se refieren a un solo suceso, y el registro de los acontecimientos se desarrolla fundamentalmente desde diferentes perspectivas dadas a conocer desde distintas voces.

La voz colectiva configura estas dos crónicas y ofrece la memoria también colectiva de dos sucesos históricos, de dos cicatrices que marcan la historia de los últimos veinte años en México: la matanza de Tlatelolco, en octubre de 1968, y la herida de muerte de septiembre de 1985.

Esta tragedia sacó a relucir lo que Octavio Paz llamó “la realidad intrahistórica de la nación”, la democracia subterránea de un “pueblo paciente, pobre, solidario, tenaz, realmente democrático y sabio”²⁶, que se organiza y actúa por su cuenta.

El primer hecho fue la respuesta que el gobierno dio al movimiento estudiantil de ese año; el segundo fue el resultado del temblor del 19 de septiembre, agravado por el ocurrido un día después, cuando cientos de personas arriesgaban su vida al intentar rescatar a miles de sobrevivien-

tes. Repasar ambos acontecimientos en las crónicas hace pensar que hay un antes y un después de Tlatelolco; hay una conciencia de poder no ser nada ni nadie después del temblor.

Las dos crónicas de Elena Poniatowska son testimonios innegables de estas dos realidades descarnadas que no son ficción. Si bien es materia de algunos cuentos y novelas, la ficción no ha logrado aún superar estas crónicas, clásicas ya respecto al 68 y al 85 mexicanos. Dicha realidad no se encuentra registrada en la historia oficial, que borró, o quizá nunca escribió ni escribirá, sus huellas. Pero la crónica abrió su espacio textual y permitió fijar en él las huellas históricas de estos dos sucesos, codificadas por un trabajo de creación literaria.

Detrás de la escritura de estos dos libros está la voz de quienes ofrecieron sus experiencias, sus testimonios y su visión de los acontecimientos. Sobre *La noche de Tlatelolco*, Elena Poniatowska dice en el propio libro:

Aquí está el eco del grito de los que murieron y el grito de los que quedaron. Aquí está su indignación y su protesta. Es el grito mudo que se atoró en miles de gargantas, en miles de ojos desorbitados por el espanto del 2 de octubre de 1968, en la noche de Tlatelolco²⁷.

La cronología que con pocas palabras consigna este hecho, funciona como marco de referencia fundamental en este libro pero, aunque la crónica sigue básicamente el orden temporal, los hechos y las voces ocupan determinado espacio textual por su fuerza y significación en sí mismos y en el conjunto.

Y este conjunto es un entrelazado de voces individuales y colectivas que combinan diferentes discursos: el de los coros de las marchas y las manifestaciones públicas, el universitario, el periodístico, el oficial, el eclesiástico, el literario y el que proviene de, entre otros, las madres y los padres de familia, los detenidos y encarcelados, los obreros y empleados, la voz

anónima del soldado, los artistas e intelectuales, la gente de la calle. La articulación discursiva de las crónicas y su coherencia textual se dan en el entrelazamiento de las voces que la escritura lleva a cabo.

El cruce de estas voces da lugar a una gran crónica oral, y fragmentaria también, que configura una memoria colectiva de lo ocurrido en 1968, cuando en la Plaza de las Tres Culturas las luces de bengala anunciaron “la matanza de los inocentes” a la que se refirió José Revueltas²⁸. Nadie estaba prevenido, como dice una voz: “Preveíamos los cocolazos, las detenciones masivas, estábamos preparados para la cárcel, pero no previmos la muerte” (Gilberto Guevara Niebla, Miembro del CNH)²⁹.

Fue ésta la respuesta del gobierno, es ésta la prueba contundente de octubre de 1968. La memoria colectiva guarda y repite las palabras de Elena Poniatowska: “La noche triste de Tlatelolco –a pesar de todas sus voces y testimonios– sigue siendo incomprensible. ¿Por qué? Tlatelolco es incoherente, contradictorio. Pero la muerte no lo es. Ninguna crónica nos da una visión de conjunto”³⁰.

La noche de Tlatelolco es uno de los intentos más logrados en proporcionar esa visión que se apuntala en el testimonio oral, en el diálogo de una sociedad protagonista y testigo de los acontecimientos. Hay una marca lancinante en este diálogo y en esta crónica: los gritos entusiastas de las primeras marchas, convertidos en el grito desesperado de los líderes, “¡No corran compañeros, no corran, son salvas!... ¡No se vayan, no se vayan, calma!”³¹, se convirtieron finalmente en el grito apagado del dolor y de la muerte.

Con “el eco del grito de los que murieron” quedó la imagen del cuerpo –“son cuerpos, señor...”–, le dice un soldado a un periodista³²–, la imagen de las manos de los estudiantes –en alto, con la V de la victoria; en alto, obligados por el ejército para cachearlos.

Es importante la presencia y el significado de las manos en esta crónica. El cuerpo de la escritura refleja el cuerpo de los protagonistas. Además de las manos de los estudiantes, está presente en la memoria la mano tendida del presidente que, en su discurso del 1 de agosto de

1968, hablaba de la necesidad de restablecer la paz y la tranquilidad pública, y la prueba de la parafina que proponía para los supuestos culpables del desorden público.

El 2 de octubre en Tlatelolco, la policía, los granaderos y el ejército se identificaban entre sí por un guante blanco y un pañuelo blanco en la mano. En esa ocasión, el color blanco fue violentado y utilizado para anunciar el rojo de la sangre que se derramaría poco después.

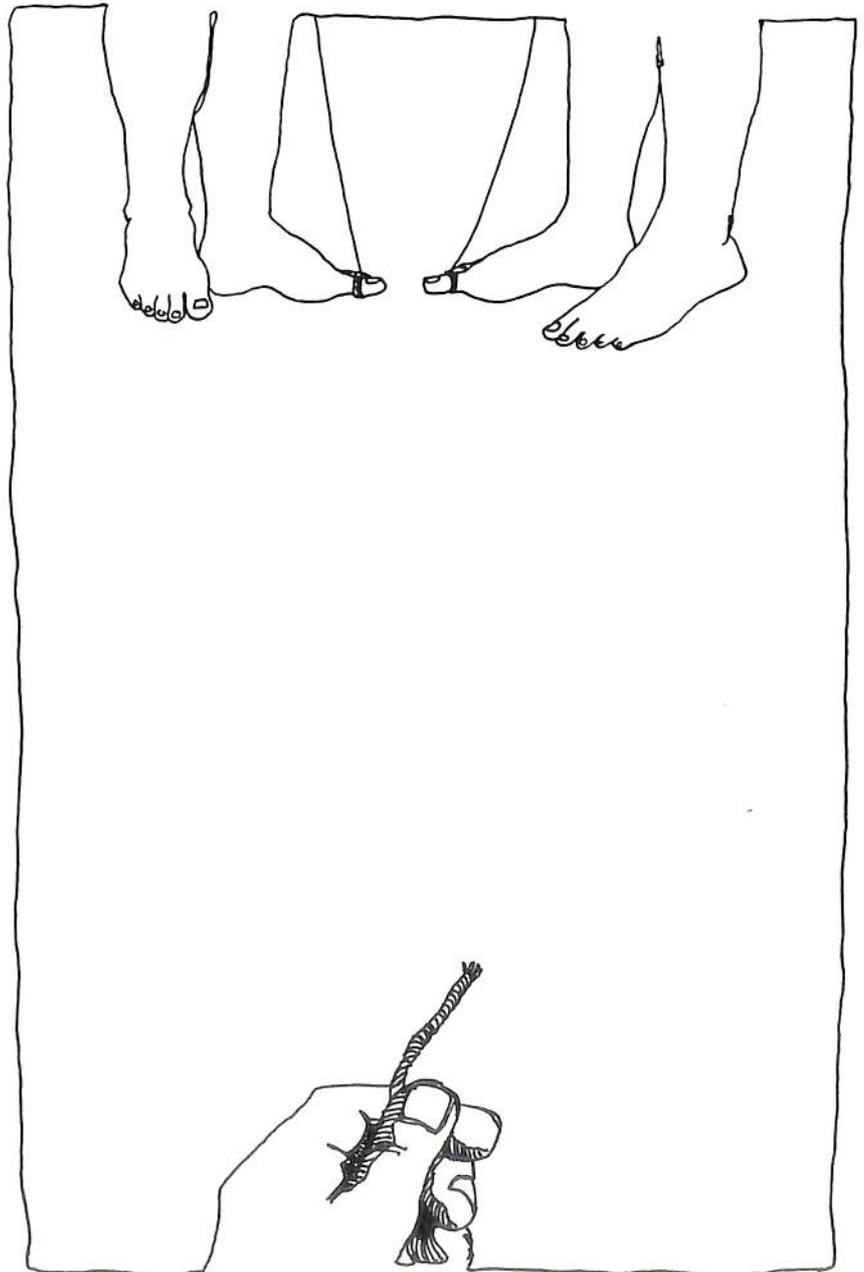
Con la imagen de los cuerpos y de las manos quedó la imagen de cientos de zapatos vacíos. Estas mismas imágenes de nuevo hicieron presencia fúnebre en septiembre de 1985. Pero ya no fueron cuerpos fusilados y ametrallados, golpeados por las bayonetas, sino vidas a las que se arrebató su presente y su futuro, miles de cuerpos sin vida y cientos de cuerpos amputados.

En *Nada, nadie* las manos ya no mostraron ingenua y simbólicamente el triunfo, o cruda y directamente la represión y el fracaso. Las manos para muchos sobrevivientes, junto con la pala y el pico, fueron sus únicas herramientas de trabajo utilizadas en el rescate. Muchas escenas de inmediato hicieron pensar en el 68: “¡Como el 2 de octubre, cuando la Plaza de las Tres Culturas de Tlatelolco amaneció cubierta de zapatos como flores machucadas!”³³.

Nada, nadie recoge las voces del temblor y conforma una memoria colectiva, a partir de las 7:18 de la mañana, un minuto antes de que se iniciara uno de los peores temblores de este siglo. Como en *La noche de Tlatelolco*, Elena Poniatowska transcribe su propia voz y agradece a las personas que posibilitaron el trabajo:

Ésta es la del estribo, la última crónica de la serie. Y va de agradecimiento a los que confiaron el testimonio de su tragedia. Las voces duraron muchos días con sus noches, los rostros y los labios profirieron sus frágiles, sus airadas, sus terribles, sus dolorosas palabras³⁴.

También, como en *La noche de Tlatelolco*, *Nada, nadie* es la voz y la visión múltiple de uno de los sucesos más dolorosos de la vida en México, sobre todo de las clases sociales más desprotegidas. Ninguna voz puede contradecir las foto-



grafías que aparecen en ambos libros. “No creo que las imágenes puedan mentir... He visto noticieros, fotografías” –dijo Octavio Paz al referirse al 2 de octubre de 1968³⁵.

Las de *Nada, nadie* son fotografías de un temblor visto desde afuera, la realidad más terrible quedó sepultada, y sólo las voces de los sobrevivientes pueden proporcionar información de parte de esa realidad que tuvo el peor final para quienes murieron minutos, segundos antes de ser rescatados. Otra realidad tan terrible como la enterrada es la de quienes perdieron a toda su familia o a la madre, al esposo, al hermano, la hija, el novio, a los amigos. Su testimonio resulta sagrado.

Además de las voces de los sobrevivientes, en *Nada, nadie* se escuchan las voces de los rescatistas (estudiantes, profesionales, obreros, compañeros de trabajo, pandilleros, bomberos, familiares, vecinos, desconocidos), de los artistas comprometidos, de los voluntarios –jóvenes y mujeres en su mayor parte. Y estas voces se mezclan también con los gritos de alegría cuando sacan a algún sobreviviente, con las noticias periodísticas, las de las radiodifusoras, con el mensaje y las disposiciones del gobierno, que primero minimizó la tragedia y después reconoció el valor de la ayuda colectiva, pero en ningún momento se despojó de su autoridad para resolver directamente los problemas más urgentes.

En medio de todas estas voces surgen de vez en cuando frases que reflejan el no tener ni ser nada ni nadie: “Yo ya no soy nadie”, “–¿Quién anda ahí? –Nadie, soy yo. –Ya no tengo nada”³⁶. Y de nuevo aquí, *Fuerte es el silencio*.

Entre todas las voces sobresale la voz de los damnificados, de la que Elena Poniatowska dice:

Naturalmente la voz de los damnificados en *Nada, nadie* es crítica, la mayoría se cuenta entre los mexicanos más pobres a los que se ha dado en llamar “los damnificados de siempre”, porque lo son mucho antes del 19 de septiembre. ¿Por qué no habrían de ser críticos si no le deben favores a nadie? En México se calla por compromiso. ¿A quiénes se dirigen en sus críticas? A las autoridades, a los constructores, a los ricos, a los empresarios, al gobierno. Su ciudad quebrada. Su vida quebrada. Cada uno habla a su leal saber y entender.³⁷

Este modo de pensar y concebir la libertad de opinión y de crítica permite incluir una variedad de voces semejantes y disímiles, que sacan a la luz una realidad de injusticia y desigualdad, sacudida y desnudada por el temblor. Es el caso de cientos de costureras que carecían de todo tipo de seguridad social; gran número de ellas fue víctima del temblor. Y es el caso también de la gente que perdió la vida en su casa, en el trabajo, en el hospital, en la escuela, debido en gran parte a la mala construcción de los edificios.

En esta crónica se incluyen también voces que critican la propia crónica, a las que Poniatowska responde: “No he genera-

lizado, no he afirmado que todos los soldados, funcionarios políticos y autoridades son ladrones, me limité a consignar acusaciones muy específicas y comprobables”³⁸. Ninguna voz pública ni oficial ha desmentido el registro de hechos y tragedias de *La noche de Tlatelolco*, como tampoco han sido desmentidos por ninguna voz los sucesos de *Fuerte es el silencio* y *Nada, nadie*. Esta trilogía consigna la realidad de un sistema social, y las voces incendiarias que lo denuncian son una advertencia sobre la vida de un país que vive cada día al filo del riesgo. Estos libros asumen la protesta pero también hacen oír la voz de un pueblo que ni en 1968 ni en 1985 perdió la esperanza.

Las crónicas de Elena Poniatowska son antídotos literarios y efectivos a las acciones del sistema político. Frente al olvido oficial y temporal, la memoria y la huella histórica; frente a la falsedad y tergiversación de los hechos, la autenticidad y la fidelidad; frente a la superficialidad, lo necesario y auténtico; frente al escueto registro de hechos, el tratamiento creativo y poético.

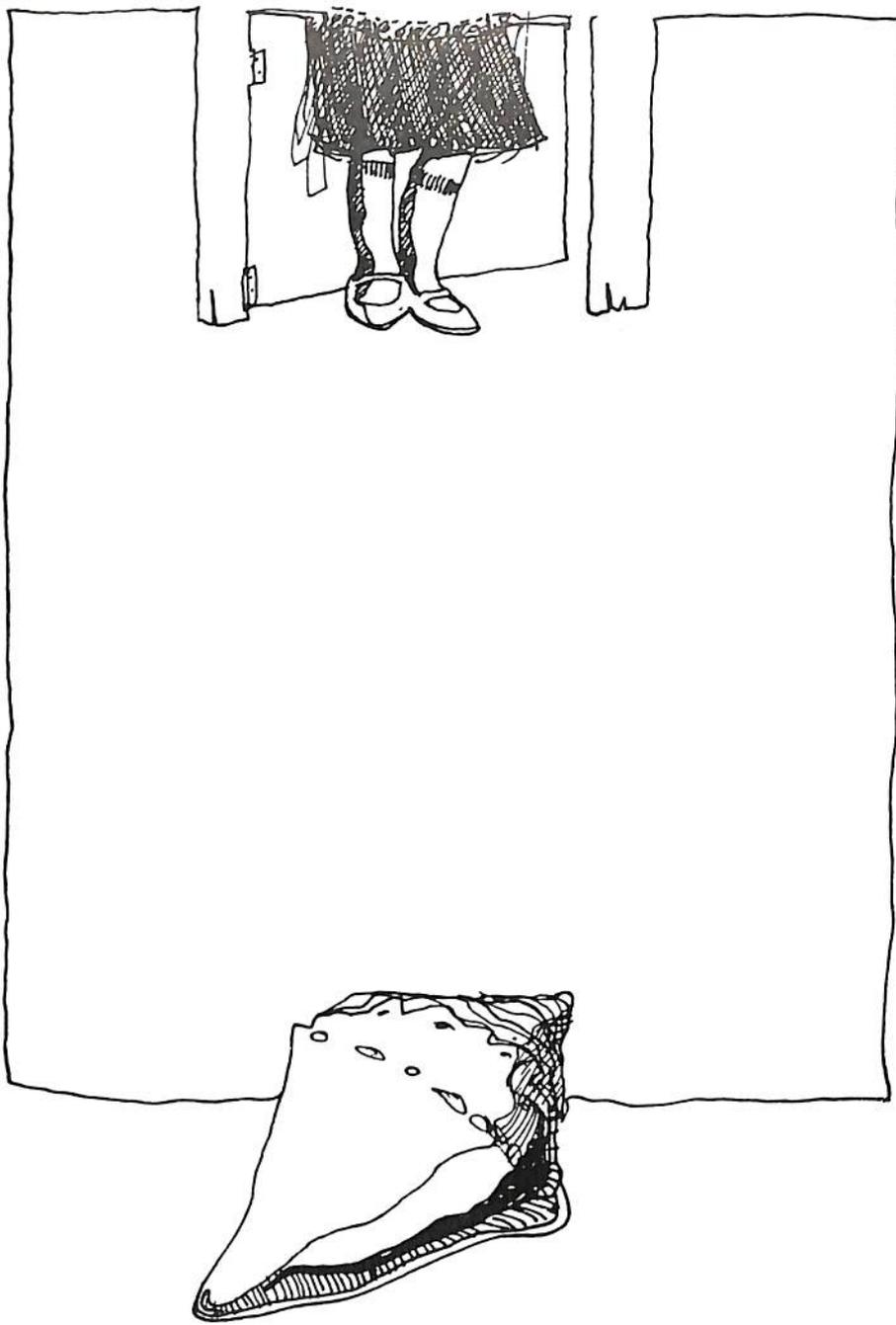
Y si en el espacio político del poder se confina a la crónica a una zona de peligro, por su carácter contestatario, ¿qué pasa con el espacio discursivo literario? “¿Por qué el sitio marginal de la crónica en nuestra historia literaria?”, tal y como se pregunta Carlos Monsiváis³⁹.

Esta pregunta se circunscribe a la práctica institucionalizada de los estudios literarios. Una posible respuesta sería que para los estudios elitistas de la historia y la crítica literarias –la “Santa Doctrina”– resulta desestabilizadora y perturbadora la voz del otro, un otro no simbólico ni imaginario, sino un otro real y marginado. Sin embargo, la crónica rasga el margen y la marginalidad, y se desplaza hacia el espacio de la recepción –el del “Espíritu Público”–, en donde los lectores la eligen y la postulan como su dialogante literario con el que más se identifican.

En el contexto cronístico mexicano, *La noche de Tlatelolco*, *Fuerte es el silencio* y *Nada, nadie* son intertextos imprescindibles para analizar e interpretar la convergencia cultural de signos históricos y literarios.Δ

Notas

- 1 Carlos Monsiváis, “De la Santa Doctrina al Espíritu Público. (Sobre las funciones de la crónica en México)”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, No. 35 (1987), 753-771.
- 2 *Ibid.*, p. 753.
- 3 *Ibid.*
- 4 En su artículo, Monsiváis nombra a los escritores mexicanos en cuya obra es importante este género literario. Ellos son Guillermo Prieto, Ignacio Manuel Altamirano, Francisco Zarco, Manuel Payno, José Tomás de Cuéllar, Angel del Campo (Micrós), Manuel Gutiérrez Nájera, Amado Nervo, Artemio de Valle-Arizpe, Alfonso Reyes, Martín Luis Guzmán, Salvador Novo. Y centra su trabajo específicamente en las crónicas de *La linterna mágica* de José Tomás de Cuéllar, en las crónicas literarias y sociales del modernista Manuel Gutiérrez Nájera, en las crónicas de la Revolución de Martín Luis Guzmán, en las crónicas de viaje de Salvador Novo y en las crónicas actuales de Elena Poniatowska. La propia obra de Carlos Monsiváis es fundamental en el corpus cronístico mexicano.
- 5 Para una visión integral de las crónicas de Carlos Monsiváis, véase Linda Egan, *Lo marginal en el centro. Las crónicas de Carlos Monsiváis*, tesis de doctorado, Universidad de California, Santa Barbara, 1993.



- 6 Elena Poniatowska, *Lilus Kikus*, Los Presentes, México, 1954.
- 7 Elena Poniatowska, *De noche vienes*, Era, México, 1979. Entre *Lilus Kikus* y *De noche vienes* apareció un libro titulado *Los cuentos de Lilus Kikus* (Universidad Veracruzana, Xalapa, 1967), que recoge los relatos de *Lilus Kikus*, y en donde aparecen algunos cuentos de *De noche vienes*.
- 8 Elena Poniatowska, *La "Flor de Lis"*, Era, México, 1988.
- 9 Elena Poniatowska, *Hasta no verte Jesús mío*, Era, México, 1969.
- 10 Elena Poniatowska, *Querido Diego te abraza Quiela*, Era, México, 1978.
- 11 Elena Poniatowska, *Tinísima*, Era, México, 1992.
- 12 Elena Poniatowska, *Palabras cruzadas*, Era, México, 1961.
- 13 Elena Poniatowska, *Domingo 7*, Océano, México, 1987 (publicado de nuevo por la editorial Cal y Arena, México, 1989).
- 14 Con el primer tomo (ya apareció el segundo) de 1990 la editorial Diana inicia su publicación.
- 15 *Todo México*, t. 1, p. 282.
- 16 *Domingo 7*, p. 265.
- 17 Dado que en este trabajo me refiero a crónicas de carácter colectivo, no incluyo *Luz y luna, las lunitas*, Era, México, 1994.
- 18 Elena Poniatowska, *La noche de Tlatelolco. Testimonios de historia oral*, Era, México, 1971.
- 19 Elena Poniatowska, *Fuerte es el silencio*, Era, México, 1980.
- 20 Elena Poniatowska, *Nada, nadie. Las voces del temblor*, Era, México, 1988.
- 21 Alberto Beltrán y Elena Poniatowska, *Todo empezó el domingo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1963. Las ilustraciones son de Beltrán; los textos, de Poniatowska.
- 22 Alberto Beltrán y Ricardo Cortés Tamayo, *Los mexicanos se pintan solos*, pról. de E. Poniatowska, México.
- 23 *Fuerte es el silencio*, p. 11.
- 24 Cinco crónicas se reúnen en este libro: "Ángeles de la ciudad" (pp. 13-33), "El movimiento estudiantil de 1968" (pp. 34-77), "Diario de una huelga de hambre" (pp. 78-137), "Los desaparecidos" (pp. 138-180) y "La colonia Rubén Jaramillo" (pp. 181-278).
- 25 Monsiváis, art. cit., p. 770.
- 26 Octavio Paz, "Escombros y semillas", *Vuelta*, 1985, núm. 108, 8-10.
- 27 *La noche de Tlatelolco*, p. 164.
- 28 Véase su cuento escrito en la Cárcel Preventiva de la ciudad de México, octubre de 1969, "Ezequiel o la matanza de los inocentes", en José Revueltas, *Material de los sueños*, Era, México, 1974, pp. 115-127; recogido por M.A. Campos y A. Toledo, *Narraciones sobre el movimiento estudiantil de 1968*, Universidad Veracruzana, Xalapa, pp. 15-25.
- 29 *La noche de Tlatelolco*, p. 27.
- 30 *Ibid.*, p. 170.
- 31 *Ibid.*, p. 166.
- 32 *Ibid.*, p. 273.
- 33 *Nada, nadie*, p. 290.
- 34 *Ibid.*, p. 304.
- 35 *La noche de Tlatelolco*, p. 265.
- 36 *Nada, nadie*, pp. 18 y 48.
- 37 *Ibid.*, pp. 306-307.
- 38 *Ibid.*, p. 305.
- 39 Carlos Monsiváis, art. cit., p. 753.